

*Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinarios.* Número 2, 2013. ISSN: 2254-9668

RECUERDOS DE JUVENTUD,  
RECUERDO DE UNA GRAN AMISTAD.  
Ángel d'Ors Lois (1951-2012)

Juan Arana  
Universidad de Sevilla

El título de este pequeño ensayo está inspirado en un memorable libro de Raïssa Maritain (*Les Grandes Amitiés*, Paris, Desclée de Brouwer, 1949), porque para evocar el principal valor y aliciente de la juventud nada como la amistad, la *gran* amistad: un sentimiento que tiene poco que ver con los beneficios obtenidos de la otra persona, ni tampoco con los gratos momentos pasados en su compañía, sino con el espectáculo de una vida que se despliega junto a la nuestra apuntando hacia arriba, en búsqueda de desafíos que valgan la pena, sacando en cierto modo de la nada su propio ser, haciendo alarde de algo que sólo en las primeras singladuras se da en estado casi químicamente puro: la libertad.

En *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, Borges glosa y loa “una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confianza y que muy pronto omiten el diálogo”. La amistad que tuve con Ángel d'Ors no llegó nunca a lo segundo, pero se atuvo estrictamente a lo primero. Me asombra comprobar, ahora que se ha ido, la escasa intimidad que hemos tenido, a pesar de que lo considero uno de los mejores amigos que he tenido nunca, y supongo que él pensaba más o menos lo mismo de su relación conmigo. Yo era un año más viejo que

él pero, por culpa del tiempo que me descaminé en el frustrado intento de estudiar Caminos, iba retrasado un curso en la carrera de Letras. Una cosa por la otra, nos sentíamos como hermanos sin relación de prelación, esto es, mellizos. La sección de filosofía de Pamplona no atravesaba su mejor momento cuando la visitamos como estudiantes y nos aburríamos bastante en las clases. Imposible admitir que se redujera a *aquello* la apasionante aventura del pensamiento, cuyo atractivo nos había ganado para siempre. Suplíamos por medio de conversaciones privadas y actividades extraacadémicas el escaso aliciente de lo que escuchábamos en las aulas. En aquella época (comienzos de los setenta) todos teníamos conciencia de vivir un tiempo crepuscular, que en España se acrecentaba por la imparable decadencia del vitalicio jefe del estado. La fiebre del 68 declinaba también: a todas luces se había tratado de una salida en falso. Algo nuevo nos aguardaba, sí, pero *¿qué?* Las fórmulas que mal o bien habían servido a nuestros mayores caían a pedazos de puro decrepitas, pero las que se nos proponían como recambio estaban casi igualmente obsoletas. De manera que quizá no habría otro remedio que tomar en serio la optimista consigna de “inventar el futuro”. Dicho sea al margen de la presente historia y hablando pretenciosamente en nombre de toda mi generación, es lo que hemos intentado a lo largo de nuestras vidas, con resultados en general bien decepcionantes. Pero vuelvo a los años que compartí con Ángel, quien al morir me ha dejado huérfano de aquella mocedad vivida y saboreada con él.

Hubo en la universidad que conocimos dos cosas que nos compensaron ampliamente de todo lo demás. Una era el “seminario contracultural”, desconcertante actividad semanal que organizaba para profesores y alumnos José María Martínez Doral, quien tenía a gala hablar lo menos posible, pre-

cisamente para conseguir tirarnos de la lengua a los que pasábamos por allí. Gracias a sus buenos oficios aprendimos a tratar de tú a tú con intelectuales que estaban muy, pero que muy por encima de nosotros, y que nos admitían en sus coloquios, no con el propósito de hacer patente su superioridad, sino con el fin de airear inquietudes, barruntos y perplejidades. Mi hija me explicó que cuando en su colegio las niñas se ponían a jugar era frecuente que alguna de ellas trajera consigo su hermanita pequeña, que era tratada con maternal consideración por toda la pandilla. Esta figura (que barrunto menos frecuente entre los niños) recibe el nombre delicioso de “cascarón de huevo”. Pues bien, *cascarones de huevo* es lo que fuimos Ángel, yo y algunos más, lo que tuvo la virtud de enseñarnos, en primer lugar, que es mucho más apasionante escribir que leer y, en segundo lugar, que para escribir hay que meditar mucho y también leer sin tedio montañas de cosas, aunque con la condición de sacar algo en limpio, lo cual no es sencillo.

Dije más arriba que hubo dos cosas que merecieron especialmente la pena en aquellos años. La segunda no era cosa, sino persona: Leonardo Polo Barrera, la figura más portentosa que hayamos conocido nunca. No fuimos alumnos suyos, porque en los cursos en que pudimos serlo padeció un *surmenage* mítico del que todos hablaban como si se tratara de un acontecimiento geológico. A decir del interesado sólo le quedaba viva una única neurona, que fue bautizada con el poco heroico nombre de “Obdulia”. Seguramente el síndrome obedeció a otras causas, pero en nuestro imaginario se debía exclusivamente al descomunal esfuerzo de pensar el ser y conseguir abandonar el “límite mental”, opaca denominación de ciertas operaciones intelectuales que considerábamos homologables a los doce trabajos de Hércules, ni más ni menos. El caso es que poco a poco consiguió superar, además del “límite”,

aquella postración y bajó como Zaratustra de la montaña, aunque prematuramente envejecido, lo que de modo paradójico le daba también cierto aspecto de recién nacido. Para nuestra sorpresa y alegría visitaba con asiduidad el seminario contracultural, donde lucía aquella calva reluciente, como si además de una sola neurona sólo hubiera sobrevivido una única circunvolución cerebral. Es un extremo que algunos de sus admiradores hemos copiado más tarde, conmigo, Juan García y Juanjo Padial como adelantados.

Antes de sentarme con él en la mesa del seminario, lo conocí en una conferencia que impartió sobre algo relacionado con el marxismo. Los planteamientos usuales en los cursos eran concienzudamente doctrinales, y me sorprendió mucho que empezara contándonos cuáles habían sido sus lecturas de los autores de aquella escuela, lecturas que me parecieron tan caudalosas como el Amazonas. Luego, en lugar de exorcizarla con alguna refutación de inspiración aristotélica (como yo esperaba), buceó en su lógica interna para explorar virtualidades y también diagnosticar secretas quiebras. Animados por la esperanza de haber topado con un ejemplo de sabiduría oceánica, Ángel y yo decidimos asistir como oyentes a un curso suyo de *Filosofía Moderna* del que se beneficiaba la promoción que nos seguía con dos años de retraso. Polo era, como la lechuza de Minerva, ave crepuscular. Le costaba mucho remontar vuelo. Sus clases se parecían a las faenas de Curro Romero: uno nunca sabía con antelación si iban a merecer la pena o no. Sin embargo: ¡ah, cuando el maestro destapaba el tarrito de las esencias! Recuerdo que empezaban perezosamente, glosando el manual de Abbagnano. Los minutos corrían y aquello no acababa de arrancar. Difícil evitar la impresión de que se iba a pasar la hora entera templando la gaita. No obstante, cuando ya no quedaba más que un ratito, el instrumento empezaba a sonar.

¡Daba gusto oírlo entonces! Ninguno de los presentes quería aceptar el fin de semejante sinfonía, de manera que cuando el bedel asomaba la cabeza para anunciar la conclusión de la clase todos le acallábamos con gestos y siseos. Y es que, como dice Séneca, “sabrosísimas son las frutas últimas”. Si alguna vez he estado cerca de tener una revelación intelectual o cosa parecida ha sido en estos “fin de fiesta” polianos, cuando su pensamiento se elevaba a cumbres no holladas y los presentes teníamos la impresión de acompañarlo en su majestuoso batir de alas por la estratosfera filosófica. En particular, una conferencia suya sobre *El concepto de tiempo en Nietzsche* ha sido lo más memorable que haya escuchado nunca. Hablándolo luego con Ángel, ambos teníamos que reconocer que la magia de aquellos momentos obnubilaba un poco nuestro sentido crítico, porque una vez vueltos al planeta Tierra éramos incapaces de dar con la pista de despegue para repetir la experiencia. Dicho sea del modo más ramplón, el problema del límite mental resultaba, incluso para mis estrechas entendederas, *clave*. Detectar dicho límite, *fundamental*. Abandonarlo, *imposible*. Por mucho que nos empeñáramos, no podíamos seguirlo ni siquiera un poquito. El caso me recuerda la anécdota en que el cardenal de Polignac relata a un grupo de nobles la hazaña de Saint Denis, cuando recién decapitado tomó su propia cabeza bajo el brazo y caminó de tal guisa diez o doce kilómetros. “¡Ah, monseñor! —replica la marquesa de Deffand— ¡Lo que verdaderamente cuesta en esas circunstancias es dar el primer paso...!” Lo mismo nos pasaba a nosotros: en cuanto pretendíamos abandonar el límite (según una fórmula autoadaptada, seguramente defectuosa) se cortaba el riego nutricional de nuestras cavilaciones y quedábamos varados en seco. Años después, cuando ya había entre nosotros una entrañable amistad, el propio Polo me lo certificó con aquella voz campanuda con

que reconvenía cariñosamente a sus íntimos: “¡Juan, Juan! ¡Lo que pasa es que eres un físico y estás demasiado pegado al suelo!” Así sería. Nunca pensé discutirlo. Yo era un físico y Ángel un lógico. Ambos estábamos tan anclados en nuestras disciplinas-fetiché que nos costaba lo indecible lanzarnos al vacío montados en el ala delta de la metafísica. No por ello admirábamos menos al común maestro, con el mismo respeto que el asceta siente por el místico cuando consigue liberarse de cualquier resentimiento por no haber sido favorecido con los mismos dones que él. En lo que a mí respecta, aunque nunca pudiera asomarme al panorama que presuntamente se divisa tras haber abandonado el límite, obtenía de las enseñanzas de Polo ganancias contantes y sonantes: era un auténtico genio (algún colega de la facultad lo rebajaba a “genialoide”, aunque en eso nunca pude ponerme de acuerdo con él) a la hora de deambular entre los bastidores de los sistemas filosóficos; descubría conexiones insospechadas entre conceptos alejados en el tiempo y el espacio mental; daba con claves perdidas que permitían descifrar de un solo golpe propuestas teóricas muy elaboradas; enderezaba las trayectorias más tortuosas; averiguaba a dónde conducían en último término principios solo a medias desarrollados por sus valedores... En definitiva Polo te enseñaba a ver el mundo del pensamiento no desde *fuera*, sino desde *dentro*. Consideré que eso era más que suficiente para elegirlo como maestro. Ángel pensaba lo mismo. Y urdimos una estrategia para sacar de él todo el provecho posible. Formamos una pequeña compañía con Fernando Múgica, que cursaba la carrera un par de años detrás de nosotros, y Mario Barrenechea, joven centroamericano que le servía informalmente como ayudante de investigación. Le invitamos un buen día a cenar y establecimos una rutina que, a la vista del éxito obtenido, repetimos varias veces. Recogíamos a Polo en su

casa y lo llevábamos a un asador en la carretera que va hacia el puerto de Velate. Ya en el propio vehículo comenzaba el lento *in crescendo* que presidía la velada: primero se hablaba de fútbol, deporte y temas afines. Una leyenda urbana pretendía que en sus años mozos nuestro invitado había practicado el boxeo y la veloz conducción de automóviles. Ya sentados a la mesa, el cerebro del *magister* había alcanzado un número de revoluciones por minuto suficiente para pasar a temas de mayor enjundia: la economía nos ocupaba más o menos hasta el chuletón, y a los postres entrábamos a saco en temas políticos, que con el aroma del café y el humo del tabaco derivaban hacia la filosofía de la historia. Cuando nos echaban del local (hacia la una o así), regresábamos a Pamplona. Entonces empezaba lo bueno de verdad. Yo vivía solo en la buhardilla de un edificio aledaño a la calle Fuente del Hierro, un quinto piso sin ascensor. Allí desembocaba la patrulla y subía sigilosamente las escaleras para no despertar a los vecinos. Polo estaba ya a punto de caramelo y, para asegurar la jugada, yo reservaba para su exclusivo uso una botella de ginebra que servía de catalizador. Con la copa en la mano adquiría las trazas de Gandalf en *El señor de los anillos*, y nos dispensaba sus enseñanzas: física, biología, antropología, cibernética, ¡metafísica!... sin olvidar llegado el momento un epílogo teológico. Completamente derrotados a pesar del entusiasmo teórico, pugnábamos por no cerrar los ojos, mientras don Leonardo, más lúcido que nunca, se abandonaba a sus elucubraciones lleno de vigor, escapando sin duda alguna del límite y también de nuestra capacidad de seguirlo. Por fin, a eso de las siete de la mañana, lo dejábamos de nuevo en su casa y dedicábamos el resto de la jornada a recuperarnos.

Tener un plato tan selecto en nuestro menú cotidiano no consiguió saciar el apetito de Ángel ni el mío. Nos propusimos conocer “otros aires” y du-

rante los cursos 72 y 73 aprovechamos cualquier oportunidad para hacer turismo académico: en cuanto teníamos noticia de un congreso o simposio, evaluábamos cuidadosamente su importancia, compatibilidad con las obligaciones escolares, distancia geográfica y coste. Si las cuentas salían, poníamos en marcha la expedición, acontecimiento que tuvo lugar media docena de ocasiones. Especial impacto alcanzaron las reuniones organizadas por la revista *Teorema* en Valencia, donde experimentábamos la estimulante sensación del gallo en corral ajeno. El prócer local, Garrido, ya se había desembarazado del marxismo y reinaba sin competencia la versión de la filosofía analítica más agresiva posible con la metafísica, auténtica *bête noire* del ideario profesado en aquellos predios. Allí descubrí (por desgracia demasiado tarde) que mi decisión de postergar el inglés al alemán y francés probablemente iba a resultar errónea. La hostilidad del medio (no nos atrevíamos a decir muy alto que veníamos de Navarra) hizo que nuestra (según la tipología borgesiana) *amistad inglesa* se estrechara. Siguió por supuesto ayuna de intimidades: nada de confesiones personales, ninguna toma de postura abierta en cuestiones tales como la religión, el otro sexo (yo acababa de ennoviarme con Marita y nunca le dije ni palabra del asunto) o la política. En cambio, febril y continua discusión —mañana, tarde y noche— sobre filosofía y filósofos, así como en lo referente a la coyuntura histórica presente, pasada y futura. Compartíamos habitación en las mugrientas pensiones consentidas por nuestros bolsillos, y cuando apagábamos la luz en modo alguno cesaba la pugna dialéctica: solo acababa con la implícita derrota del primero en dormirse (habitualmente yo). Descubrí, en efecto, que Ángel tenía una cabeza aún más dura que la mía (con serlo bastante) y una tenacidad rayana en la pertinacia. Jamás se ha dado el caso de dos personas que se hayan convencido menos una a otra después



de haberlo intentado tantas veces hasta la extenuación. El caso es que sólo estábamos de acuerdo en el fondo-fondo de los asuntos. En todo lo demás la discrepancia reinaba. A pesar, o quizá a causa de ello, lo pasábamos bomba. Considero que fue en aquellas desesperadas conversaciones donde se forjó nuestra ulterior trayectoria. Ángel optó por el rigor, la intransigencia, la minuciosidad, focalizó su atención en unas pocas cuestiones cruciales, y priorizó la genealogía de las ideas y el análisis de la transformación histórica de los problemas. Ocioso añadir que mis preferencias eran diametralmente opuestas, pues me atraía más la amplitud que la profundidad, la topología del pensamiento que su diacronía, y pensaba (aún lo pienso) que los grandes descarrilamientos no se han producido por deslices terminológicos o errores conceptuales, sino, simplemente, por no haber acertado a resolver mejor los grandes enigmas que a todos acongojan. Una de las ventajas de no tener que decirlo *todo* era que tampoco estábamos obligados a confesar las dudas que a veces nos asaltaban sobre nuestras respectivas posturas. Pero era indudable que a los dos agradaba la idea de tener cerca alguien con opiniones contrastantes. Éramos navarros de nacimiento o adopción y sabíamos que sin frontón no hay modo de jugar a la pelota.

La más gozosa y memorable de todas aquellas excursiones fue la que nos llevó en 1973 a Madrid para asistir al *IV Simposio Internacional de la Ciencia del Hombre*, organizada por el doctor Arasa y la revista *Folia Humanística*, con asistencia de príncipes, ministros, premios Nobel y toda clase de peces gordos. Una vez consumada la deserción de las autoridades tras el acto inaugural, descubrimos que éramos los participantes más jóvenes y que el siguiente en edad no cumpliría ya los 60. Tanta celebridad era agasajada en todas partes, pero quién más, quien menos, todos estaban achacosos y algu-

nos incluso acompañados permanentemente de enfermeras y goteros, de manera que éramos nosotros dos los que nos poníamos las botas vaciando las bandejas que los demás rechazaban con un gesto displicente. No todo fue gañoteo, sin embargo: fue entonces cuando acabamos de decidirnos por los planteamientos interdisciplinarios.

Ya he dicho que Ángel y yo coincidíamos sólo en lo fundamental: el mismo maestro intelectual, Polo, el mismo compromiso vocacional con la filosofía y, hasta que apareció Arellano en el horizonte, el mismo maestro académico: Jorge Pérez Ballestar. Era un hombre con cierto aire mefistofélico que daba una clara y atractiva nota disonante en la sociedad de bienpensantes que llenaba la sección de filosofía. Recuerdo que en cierta ocasión anunció para las *Jornadas filosóficas* una conferencia titulada “*La filosofía como saber de salvación*”. Cuando hizo su aparición en la sala, descubrió que en ella bullía una cantidad desusada de sacerdotes y clérigos. “¡Un momento, un momento! —exclamó con su característica voz atiplada— ¡Antes de empezar quiero aclarar que no me voy a referir a la *maxi-salvación*, sino a la *mini-salvación*...” Fue el más excelente profesor que he tenido. Enseñaba lógica y tenía fama de hueso. Era capaz de hacer amenas las explicaciones de los temas más abstrusos y controlaba el tiempo de sus exposiciones como nadie: un auténtico cronómetro viviente. El primer contacto fue desafortunado: alentado por su fama de heterodoxo me atreví a mencionar a Teilhard de Chardin en una pregunta que le hice, pero rechazó de plano mi alusión, pues sus gustos filosóficos apuntaban a direcciones muy otras. La lógica no tenía mayor atractivo para mí, pero apelando a los aún no del todo olvidados conocimientos de álgebra matricial, cálculo infinitesimal y geometría diferencial de mi época ingenieril, destacué en la asignatura y quedé enrolado en el

grupo de sus elegidos. Era, desde luego, la figura que más se acercaba a mi idea de filosofía, así que decidí ponerme bajo su patronazgo. Lo que realmente me gustaba era la filosofía de la naturaleza, pero el docente encargado, Wolfgang Strobl, era un hombre *demasiado* bueno. Sabía mucho de la materia y además tenía amistad personal con Werner Heisenberg, pero era incapaz de hablar incluso del segundo principio de termodinámica sin derivar rápidamente hacia la visión beatífica. Así que decidí fichar por el pérfido lógico. Acostumbrado a los desplantes públicos que daba, me sorprendió descubrir su timidez: apenas te sostenía la mirada y al mismo tiempo resultó ser un pedazo de pan. Para empezar mi especialización sugerí prudentemente el nombre de Quine, uno de sus autores favoritos, pero él supo de mis querencias kantianas y me propuso como contrapartida a Cassirer.

Los seguidores de don Jorge esperábamos como el maná un libro largamente anunciado del maestro, aunque hasta dónde sé nunca fue concluido. Algo relativo a semántica intensional, creo. En la distancia pienso que su envergadura como investigador en modo alguno igualaba la que tenía como docente. Integraban entonces la *troupe* lógica, además de él, Luis Villegas, personaje con pinta de dandi con el que no llegué a intimar, y Emilio Díaz Estévez. Emilio era un sacerdote sevillano empeñado en poner una serie de pegas al teorema de Gödel, de las que no acabó de convencernos en un curso que impartió para exponerlas. Más tarde, abandonado ya su ministerio y no sé si también aquellas pegas, coincidí con él como colega en la Hispalense muchos años. El último en incorporarse antes de mi provisional reclutamiento fue Ángel, que ya entonces tenía —creo— mucho más claro que el resto lo que se proponía hacer. Iba a abordar la lógica desde una perspectiva histórica, para entre otras cosas refutar la tesis kantiana de que la

historia empieza en y acaba con Aristóteles. Sin dejar de tener un ojo puesto en la lógica simbólica y en los desarrollos recientes de la disciplina, sostenía que en la lógica medieval y renacentista había una riqueza de planteamientos teóricos que la formalización ulterior no consiguió superar, ni tan siquiera igualar. Carecía y carezco de autoridad para refrendar o desacreditar esta hipótesis de trabajo, a la que de alguna manera ha consagrado mi amigo toda su vida profesional, pero creo firmemente que la postura que adoptó era sólida y en el curso de los años le dio la consistencia del diamante, dominando tanto las fuentes como la literatura secundaria referente a la lógica antigua, medieval, moderna y contemporánea. La secular incuria hispánica es responsable de que en nuestro país no se le haya hecho justicia, reconocimiento que en cambio ha recibido en latitudes exóticas. Las mejores revistas de historia de la lógica abrieron sus puertas a los trabajos de Ángel porque eran auténticas obras maestras de documentación y al mismo tiempo desbordaban ampliamente los planteamientos meramente eruditos —el positivismo histórico—, para adelantar con todo aplomo tesis hermenéuticas de hondo calado, formuladas con tanta discreción que sospecho muchas de ellas no han sido aún suficientemente apreciadas y sopesadas. Ángel ha sido un gran historiador del pensamiento y, aunque velado por el pudor de los que verdaderamente saben, mucho más que eso. Creo que sería de justicia editar una recopilación de sus artículos, porque sólo entonces podrá apreciar el que esté en situación de hacerlo la auténtica trascendencia del trabajo realizado.

Entretanto, la vida, como nos había reunido, volvió a separarnos: Arellano se atravesó en mi camino y tras él me fui al otro extremo de la Península. En una de mis visitas a Pamplona descubrí que, sin ningún aviso ni confidencia previos, había descubierto el amor, contraído matrimonio y

dado un giro a su existencia, mucho más luminosa y alegre sin pérdida del peso y poso que siempre la caracterizaron. Igual que yo (aunque obviamente por otras razones) abandonaron la *Navarrensis* Pérez Ballestar, Díaz Estévez y Villegas, de manera que ahora Ángel era el virrey de la lógica pamplonesa, contando con la intermitente supervisión de Ignacio Angelelli, argentino afincado en Austin y excelentemente relacionado, que acabó de darle el cosmopolitismo que su portentosa capacidad de trabajo precisaba para redondear su figura como investigador de primera línea a nivel mundial. Excelente dominador de las lenguas clásicas, Ángel se resistía a contemporizar con las modernas hasta el punto de recurrir a ellas para exponer sus averiguaciones, a pesar del exiguo mercado que el román paladino abre a productos tan selectos como los que él pergeñaba. Su proverbial tenacidad y el valor acrisolado de lo que producía consiguieron que se abrieran al castellano publicaciones que nunca antes (ni después) condescendieron con él, hasta que por una vez dio su brazo a torcer y comenzó a publicar en la *lingua franca* de nuestros días. Inasequible al desaliento me regalaba una tras otra gruesas separatas, a pesar de que el contenido de muchas de ellas era para mí tan inalcanzable como el límite poliano. Yo le retribuía con mis producciones y, como el tiempo había refinado nuestros modales, Ángel disimulaba el desasosiego que le producían mi osadía y prisas. De manera que, en efecto, nuestra amistad hubiera acabado siendo verdaderamente *inglesa*, de no ser porque me gustaba escucharle perorar y ver cómo, gota a gota, aquellas estalactitas y estalagmitas iban naciendo de su enorme esfuerzo e infinita paciencia. A veces sus investigaciones se convertían en apasionantes novelas de intriga, como cuando se puso a indagar la genuina identidad de Pedro

Hispano, punto importante en el que consiguió dar un vuelco completo a la historiografía.

Año tras año, visita tras visita, primero en Pamplona, luego en Madrid, nuestra amistad iba sufriendo los mismos cambios e inflexiones que el resto de nuestras existencias. Ángel asumía con todas sus consecuencias el axioma poliano según el cual “todo éxito es prematuro”. Indiferente a la falta de reconocimiento de los no iniciados en su campo de especialización, poseía sin embargo la noble ambición de obtener, siguiendo la tradición paterna, un puesto en el escalafón de catedráticos de la universidad española. No lo tuvo nada fácil, porque fue víctima de los prejuicios sectarios hasta un extremo que hubiera desalentado a cualquier otro. Hubo de soportar la interrupción durante largos años de la oposición en que por derecho y justicia le correspondía obtener plaza y, ya en Madrid como profesor titular, se vio obligado a soportar igualmente largos años hasta que logró a pulso el galardón injustamente diferido. Yo tuve mucha mejor suerte y ello me proporcionó la alegría de poder formar parte del tribunal que le otorgó la cátedra de la Complutense. Era un premio al mérito, pero sobre todo a la paciencia ante la adversidad.

La tarde en que se produjo la votación final y luego la cena con el tribunal ha sido el momento más dichoso que he compartido con mi amigo. Complacencia contenida, interiorizada, consciente de lo que había costado aquel triunfo. Me contagió un sentimiento que, fieles a nuestra inveterada costumbre, no nos confesamos uno a otro. La feliz circunstancia de que mi mujer me llamara por el móvil mientras íbamos al restaurante me dio ocasión a verbalizar lo que, de permanecer solos, no hubiera sido necesario y por tanto habría resultado inconveniente: “Aquí nos tienes, felices como dos perdi-

ces"... Bien necesitado estaba de aquella satisfacción, porque muy poco después iba a tener que arrostrar pruebas mucho más duras que las anteriores. Su salud se deterioró irreversiblemente, en una lenta pero inexorable cuesta abajo en la que no hubo un solo momento de alivio o respiro. Ahí se vio de verdad la consistencia barroqueña de su personalidad, que nos asombró a todos los que le queríamos, a pesar de que conocíamos su temple. Plantó una vez más cara a la vida y en ningún momento se engañó sobre lo que le venía encima, aunque de la misma manera tampoco se permitió un gesto patético, una exageración de lo que al fin y al cabo está indisolublemente unido a la condición humana. Si la filosofía es un saber para la muerte, Ángel fue filósofo en el más pleno sentido de la palabra. Según tengo entendido sólo se permitió un leve gesto, un santiguarse, cuando supo que definitivamente no había modo de parar la enfermedad. Pero tampoco entonces dejó de dar disciplinadamente la batalla contra el mal, día a día, sin aspavientos ni escapismos. Desde siempre había orientado su existencia hacia Dios, de manera que poco le costó abandonar unos bienes que sólo apreciaba como regalos de Quien se los había proporcionado.

La última vez que lo vi su misma conciencia había claudicado al mal que lo atenazaba. Pero la penúltima, mes y medio antes de su partida, fue un digno colofón de nuestra sincopada y británica relación. Alicia tenía que hacer gestiones administrativas relacionadas con el tratamiento y nos dejó solos toda la mañana. Yo estaba acongojado por dentro, dispuesto a tirar la toalla y abrir el corazón de una vez por todas. Pero él me impidió claudicar en aquella hora postrera. Aunque las secuelas de su dolencia eran manifiestas, me dijo sin dramatismo que alguna de ellas "le iba a durar toda la vida", como si aún le quedaran treinta o cuarenta años por delante. Bien sabíamos

los dos que no iba a ser el caso, pero la convención implícita de dejar en otras manos el futuro, tuvo la virtud de liberarnos de cualquier tono lamentoso y poder aprovechar aquel último rato para una nueva discusión filosófica, otra singladura más por el mar del conocer que tanto amábamos. De las tres o cuatro horas que estuve con él no llegaron a diez los minutos gastados en el parte médico. Enseguida empezó a contarme su investigación en curso sobre Aristóteles, la nueva interpretación que había ido forjando a partir de una lectura muy original del *Peri hermeneias*. Especulamos sobre hasta qué punto eso podría suponer una novedad en los estudios sobre el Estagirita, y cómo la errónea interpretación admitida había influido en la evolución de la escolástica a lo largo de los siglos. Yo estaba ocupado en mi “epistemología del riesgo” y lo que dijo me encendió una pequeña bombilla. ¿Acaso Aristóteles había distinguido, como pensaba por mi parte debía hacerse, entre la necesidad objetiva del conocimiento y la contingencia subjetiva de un conocimiento en sí mismo necesario? “Sí —corroboró Ángel—. Hay textos muy explícitos en ese sentido. No los tengo a mano, pero te los haré llegar...” Ni enfermedad, ni zarandajas. Allí estábamos los dos como antaño en las pensiones de Valencia, discutiendo sin parar, aunque esta vez por primera vez casi de acuerdo. Cuando me despedí de él, podía más la alegría de haber avanzado un poco más en nuestras indagaciones que cualquier sentimiento morboso. Un par de días después recibí puntualmente su último mensaje:

Querido Juan:

Sentí mucho que tu visita fuese tan breve y que no pudiésemos conversar más despacio sobre la cuestión que me planteabas. El pasaje de *Segundos Analíticos* al que me refería y que en ese momento no encontré es el final del capítulo 9 del libro I (76a 26-31).

Ayer me hicieron el PET-TAC; me darán los resultados el día 4...



Un abrazo

Ángel

Estoy seguro de que mi amigo desaprobaba como una falta de estética que yo ahora agregara más comentarios y colofones. Simplemente afirmo que había sabido vivir cada día de su vida como si fuese el último y ello le permitió, en efecto, disfrutar plenamente hasta el final los que estuvo aquí abajo.

Juan Arana  
jarana@us.es